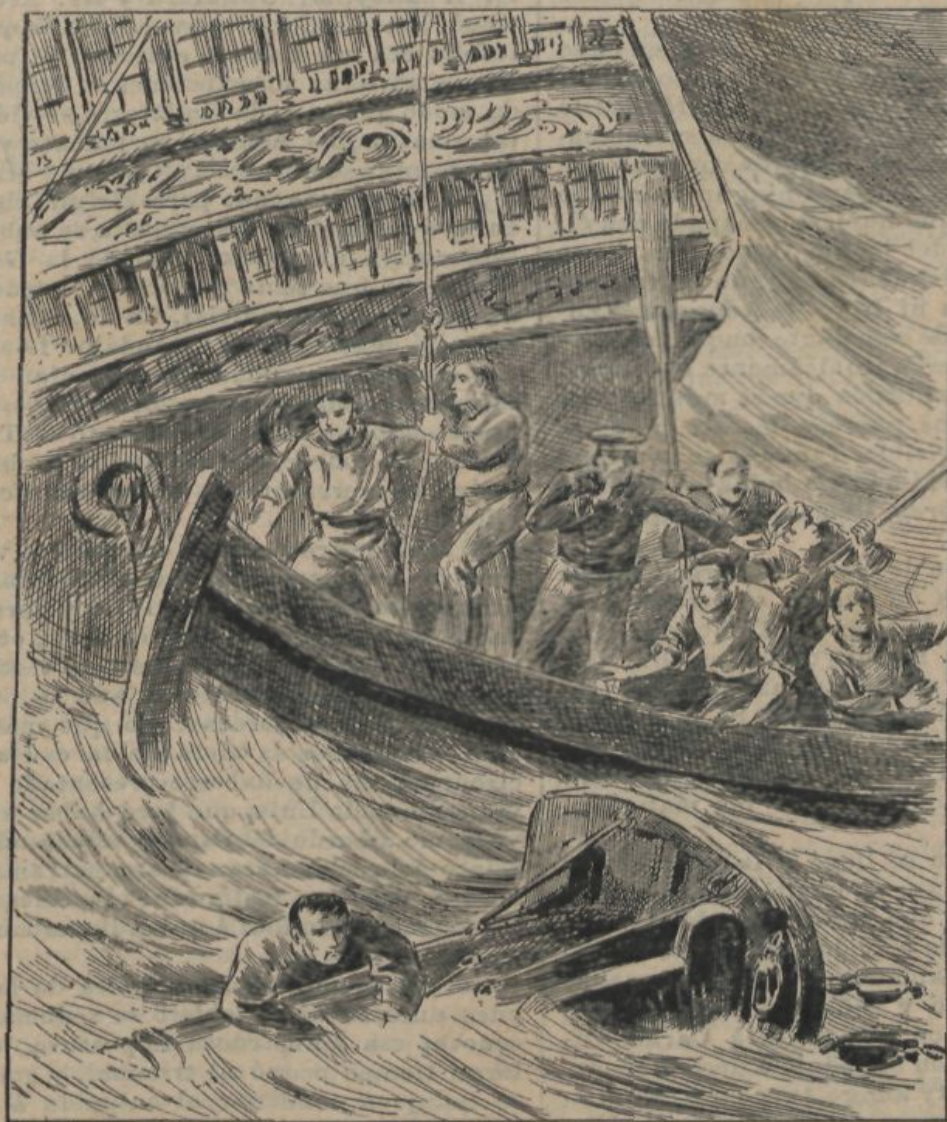


EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE ✧ BARCELONA, agosto de 1895 ✧ NÚMERO 44



EL «CETRO»

Entonces se bajó uno de los botes, á fin de comunicarse con el *Júpiter* y obtener de este buque la extremidad de un cable

SUMARIO

Un reclamante célebre (conclusión).—El capitán y los piratas.—El dedo de Dios.—Un párrafo de la campaña de Napoleón en Egipto.—El *Cetro*.—Pensamientos.

UN RECLAMANTE CÉLEBRE

(Conclusión)

Esto era lo que el Jurado debía decidir en la famosa causa que comenzó á instruirse ante el ministro de Justicia, lord Bovill, el 11 de mayo de 1871, y que terminó el 6 de marzo de 1872.

Para el reclamante presentóse un considerable número de testigos, de Inglaterra, de Irlanda y de Australia, contándose entre ellos varios médicos, arrendadores de la familia Tichborne, oficiales y subalternos militares.

Pero el examen del supuesto Rogerio fué lo más notable de la causa.

Este examen duró veintisiete días, en cuyo transcurso el corpulento y desgraciado impostor quedó reducido á una pulpa, refutándosele en todos los puntos. En cuanto á su salvamento al naufragar el *Bella*, hubo de confesar que no le era posible presentar á ningún individuo de la tripulación que hubiese escapado con él. Después se trató del buque *Osprey*, en el que decía haberse salvado. En ningún registro ni gaceta de marina ni libro de Aduanas se encontró el nombre de semejante buque, que debía ser, según dijeron irónicamente los jueces, una especie de fantasma que se movía en los océanos y entre los puertos de este planeta, desconocido é invisible. También se averiguó que hacía un año el impostor había renunciado al cuento del *Osprey*, llamando *Themis* á su imaginario buque.

Igualmente hubo de reconocer el reclamante que no sabía nada de cuanto se refería á la primera juventud de Rogerio Tichborne; que no le era posible leer las cartas escritas por éste en francés; y que hasta cuando se las tradujeron no supo á qué aludían. Se le entregó un Virgilio para que lo examinase, y dijo que estaba en griego. También ignoraba que Euclides tuviese algo que ver con las matemáticas, etc., etc.

Después, cuando se llegó á la cuestión de Orton, debió confesar su identidad con el misterioso extranjero que había visitado el Wapping en la noche de Navidad; y tampoco negó que él fué quien había escrito á sus hermanas enviándoles dinero y señalando una pensión de veinticinco duros mensuales á Carlos Orton. Su explicación se redujo á decir que Arturo Orton era muy amigo suyo en Australia, y que deseaba contraer amistad con la familia; mas, interrogado sobre las fechas y lugares donde le conoció, confundióse en sus respuestas, é hizo inútiles esfuerzos para demostrar que Tomás Castro y Arturo Orton no eran

una misma persona. Asimismo hubo de reconocer que sus asociados en Australia eran gente de la más ínfima clase.

Durante la causa prodújose también una cartera que el reclamante había dejado en Wagga-Wagga: contenía varios curiosos apuntes, y en algunas hojas sus primeros ensayos para imitar la firma de Tichborne. También se encontró en ella el nombre y señas de Mariana Loader, amante de Orton en el Wapping.

Al darse por terminada la confrontación de pruebas, sir John Coleridge (ahora ministro de Justicia) redactó un luminoso informe para el Jurado, que declaró estar satisfecho. El abogado del reclamante no era propio para defender á su cliente, y el veredicto se consideró inevitable; mas esto no impidió que el presidente del tribunal enviara desde luego al impostor á la prisión de Newgate, como acusado de perjurio voluntario.

Se le dejó salir bajo la fianza de 50,000 duros, siendo sus fiadores el conde Rivers, mister Whalley, Mr. Guildford y Mr. Alban Attwood. Estos señores, persuadidos de que aquel infeliz era un mártir, agitaron el país para que se abrieran suscripciones en defensa suya; de modo que en toda Inglaterra se vió en plataformas aquel hombre corpulento y se echó dinero en su sombrero. Mr. Onslow y Mr. Whalley le acompañaban, para dirigir algún discurso á las multitudes, y hasta se publicó con este motivo un diario, titulado la *Gaceta de Tichborne*, que tenía por objeto, según decía, evitar un crimen judicial. En fin, el asunto comenzó á degenerar en escándalo. Los discursos que se pronunciaban contenían los más injuriosos ataques contra los testigos, á la vez que en ellos se faltaba al respeto al Tribunal; y esto dió por resultado que se prohibiese al reclamante presentarse en las reuniones públicas.

Al cabo de trece meses comenzó la vista definitiva de la causa; los procedimientos dieron principio el 23 de abril de 1873, y terminaron en 28 de febrero de 1874, es decir, otros diez meses. Se llamó á doscientos doce testigos por parte de los demandantes, y aun se presentaron más para la defensa. Lo que más sensación produjo en la vista de la causa fué la circunstancia de haberse presentado un individuo llamado Luie, que juró haber sido mayordomo á bordo del *Osprey*, añadiendo que el relato del reclamante sobre su salvamento era verdad; pero este testigo fué identificado como un conocido criminal á quien llamaban Lundgren.

No entraremos en los detalles de la causa, pues nuestro único objeto se reducía á dar á conocer esa monstruosa impostura, que tan largo tiempo ocupó al tribunal, y que, al fin, se redujo á condenar al culpable á catorce años de presidio.



EL CAPITÁN Y LOS PIRATAS

El capitán Snelgrave era comandante de la galera *Bird*, de Londres, en el año 1718. Debía marchar á Holanda para hacer cargamento, y desde allí á la costa de Africa; pero le fué preciso detenerse en Helvoetsluys hasta el 10 de diciembre, donde estalló una violenta tempestad, pero sin ocasionarle averías.

El barco se hizo de nuevo á la vela; y como se produjese otro temporal, debió refugiarse en Spithead, y, continuando después su ruta, franqueó setenta leguas. Otra borrasca le sorprendió muy pronto, causándole una ligera avería, y entonces el capitán llegó de arribada forzosa á Kinsale, en Irlanda. En este puerto se reparó la avería, y después el *Bird* llegó al río Sierra Leona, donde comenzaron las desgracias del capitán Snelgrave, pues su barco cayó en poder de otros tres piratas, anclados en el río, y que habían apresado ya diez ingleses. Serían las ocho de la noche cuando se oyó ruido de remos en dirección al buque, y, en su consecuencia, el capitán envió veinte hombres armados á cubierta, en la previsión de que el bote que se acercaba fuera enemigo.

Cuando se dió la voz de alto, los del bote contestaron: —*Los dos Amigos*, de las Barbadas, capitán Elliot;—pero, interrogados de nuevo, respondieron que eran americanos, y al mismo tiempo hicieron una descarga con armas pequeñas. El capitán Snelgrave dió, á su vez, orden de hacer fuego; mas, con gran asombro suyo, la tripulación rehusó, y supose después que el oficial primero lo había prohibido, por estar en connivencia con los piratas.

Como era natural, el bote se acercó al buque sin oposición; los piratas saltaron á bordo y dispararon algunas de sus armas, á consecuencia de lo cual quedó mortalmente herido, y entonces los tripulantes pidieron cuartel, que se les concedió al punto.

El jefe de los piratas preguntó después al capitán Snelgrave cómo se había atrevido á dar la orden de hacer fuego, á lo cual contestó aquél que era su deber defender el buque si la tripulación hubiera querido batirse. Al oír esto, el pirata le apuntó una pistola al pecho, la cual pudo desviar el capitán antes de que se le disparase, y la bala le pasó por debajo del brazo. El bandido le descargó entonces á la cabeza un golpe con la culata del arma, haciendo caer de rodillas á su contrario; mas éste, levantándose al punto, corrió á la cubierta. Allí encontró al contramaestre de los piratas, que le dirigió un sablazo, asegurándole que no se le daría cuartel, porque había querido defender su buque; pero el capitán eludió el golpe, agachándose junto á una barandilla, y la hoja del sable se rompió al chocar con ella. El pirata sacó entonces una pistola, é iba á dispararla sobre la cabeza del capitán; pero las observaciones de sus compañeros le contuvieron. Al presentarse en la cubierta el jefe de los piratas, dispuso que se atasen las manos de todos los tripulantes que el capitán mandaba, y dijo á éste que

le perdonaría la vida si ninguno de aquéllo daba queja de él. Después de esto, los piratas hicieron salvas con sus armas de fuego para celebrar el apresamiento del buque.

El capitán de los piratas mandó sacar los víveres que hubiera en el *Bird*, entre los cuales había muchas gallinas, patos, ocas y pavos, y todas esas aves se echaron en un horno sin desplumarlas, porque aquellos bandidos no querían molestarse, y á todo esto se agregaron algunos jamones de Westfalia, que el cocinero del buque recibió orden de cocer al punto.

Entretanto, dióse permiso al cirujano para curar á los heridos, y poco después los piratas comenzaron á comer alegremente, muy enorgullosos por su victoria.

El capitán Snelgrave fué conducido á bordo del barco pirata, donde se le preguntó cuáles eran las condiciones de su buque y si le consideraba como buen velero. La situación de Snelgrave no dejaba de ser muy crítica en aquellas circunstancias, porque los hombres feroces suelen ser caprichosos; mas, reprimiendo su enojo, sufrió con resignación aquel desgraciado contratiempo.

A poco de hallarse el capitán á bordo del barco pirata, presentósele un hombre de elevada estatura y bien armado, y díjole que se llamaba Santiago Griffin, que había sido su compañero en la escuela, y que, sin duda, se acordaría de él. Como el capitán manifestase cierto asombro, recordóle varias de las travesuras en que los dos habían tomado parte, y añadió que le había sido forzoso ponerse al servicio de los piratas. Dijo que todos ellos eran unos miserables renegados, y que él velaría por la seguridad del capitán, porque los piratas no tardarían en abusar de la bebida y emborracharse.

Griffin pidió un bol de ponche y se dirigió á la cámara, donde se había extendido una alfombra para sentarse; invitó al capitán á ponerse á su lado, y sirvióle de beber, diciéndole que su tripulación había hablado bien de él. Por intervención de Griffin se preparó una hamaca para Snelgrave, pues los piratas, incluso el jefe, dormían sobre cubierta, á fin de estar siempre preparados para la lucha.

Griffin, fiel á su promesa de velar por su antiguo compañero mientras durmiese, permaneció junto á la hamaca del capitán, espada en mano. Al amanecer, mientras los piratas dormían sobre cubierta, el contramaestre se acercó á la hamaca embriagado, jurando que haría pedazos al capitán por haber dispuesto que su tripulación hiciera el fuego para defender el buque, y, sin duda, habría puesto por obra su amenaza si Griffin no le hubiese hecho rodar por el suelo de un sablazo. Al día siguiente, Griffin se quejó de la conducta del contramaestre, á quien se amenazó con el castigo de venticinco palos; mas el capitán Snelgrave intercedió por él.

Aquel mismo día, diez de los tripulantes del *Bird* y el primer oficial, cómplice de los piratas, entraron al servicio de éstos, y á la mañana siguiente se registró el buque inglés, y arro-

járonse al mar todos los efectos que no podían utilizarse, perdiéndose de este modo todo el cargamento, cuyo valor no bajaba de tres á cuatro mil libras esterlinas. Los piratas no querían más que dinero y prendas de vestir.

Durante todo este tiempo, Snelgrave permanecía en el barco pirata. La casualidad quiso que en Sierra Leona viviera cierto capitán Glynn, que, si bien había sufrido pérdidas por causa de los piratas, hallábase en buena inteligencia con ellos, aunque sin tomar parte ni patrocinar ninguna de sus fechorías: era inti-

viase de su parte para que no le faltara nada de lo necesario. Hasta le fué preciso pedir una camisa prestada al capitán Glynn, porque hacía más de una semana que no podía mudarse. Al otro día, los capitanes fueron á bordo con su prisionero, y hablaron con los piratas en su favor, quienes consintieron en ceder al capitán Snelgrave un barco que pensaban abandonar, poniendo en él cuanto aún quedaba de su cargamento. La proposición era generosa; mas, por consejo de Davis, el capitán pirata Snelgrave no aceptó.



EL CAPITÁN Y LOS PIRATAS: Sierra Leona: parte NO. de la península entrando por el estuario

mo amigo de otros dos capitanes piratas, uno de cuales, llamado Davis, sometía á su tripulación á la más estricta disciplina. Glynn y Davis fueron al barco en que se hallaba Snelgrave, y censuraron el mal tratamiento que se había inferido á éste, debiéndose á ello que se le permitiera pasar á bordo de su propio buque, donde se habían hecho destrozos, arrojándose al mar todos sus libros y papeles.

El capitán tuvo entonces el disgusto de verse en su camarote vacío, y de contemplar á los piratas mientras se regalaban con todos sus víveres y licores.

Habiéndose promovido una disputa entre aquellos infames, iban á volver á sus buques para batirse unos con otros, pero la intervención de su cautivo los contuvo. En aquella ocasión, el capitán escapó por segunda vez de morir á manos del contramaestre, que le descargó un pistoletazo, aunque, por fortuna, sin herirle. Al ver esto el carpintero, declaróse en favor del cautivo, y maltrató al otro pirata de tal modo, que le dejó casi por muerto.

Poco después, el capitán obtuvo permiso para ir á tierra, á la casa del capitán Glynn, donde los tres capitanes piratas le recibieron cortésmente, prometiendo que harían cuanto estu-

Pocos días después, el contramaestre de los piratas que había querido asesinar al capitán, una ó dos veces fué atacado por la fiebre y quiso ver á Snelgrave para pedirle perdón, y apenas le vió entrególe la llave de su cofre, diciéndole que podía tomar todo lo que necesitase.

Aquel hombre, sobrecoigido del delirio, murió al amanecer, renegando de Dios y de todo de tal manera, que algunos piratas, novicios aún, pidieron consejo al capitán sobre lo que deberían hacer para desviarse del mal camino que seguían. Habíase proclamado el indulto para todos los piratas que se presentaran antes del 1.º de julio de 1719, y el capitán les aconsejó que se acogiesen á él.

Cierto día el capitán Davis insistió para que Snelgrave fuese á cenar con él á bordo; y como hubiera sido una imprudencia rehusar, fué allí á las ocho de la noche. Antes de que se sirvieran los postres oyóse el grito de: —¡Fuego! La mayor parte de la tripulación estaba embriagada; y como había más de cincuenta prisioneros á bordo, prodújose una gran confusión; pero los que estaban serenos apresuráronse á salvarse en los botes. Había 30,000 libras de pólvora en la bodega, y faltaba poco para que

el fuego llegase allí. Un hombre, que se había mostrado muy activo durante la confusión, pidió mantas para atajar las llamas, diciendo que, de lo contrario, el buque iba á volar. El capitán Snelgrave le llevó algunas, y después de haberlas colocado el hombre como le pareció más conveniente, se arrojaron sobre ellas muchos cubos de agua. Un negro fué á extraer ron, llevando una bujía encendida, y con terror indescriptible vió producirse las llamas en los

una triste experiencia había hecho comprender al pueblo la necesidad de huir de sus invasores apenas tenían noticia de su aproximación. Desmantelaban sus casas de arriba abajo, y un pueblo así desierto parecía una verdadera ruina de cien años. Cuando los franceses hubieron derribado los muros de Bintan hasta sus mismos cimientos, un soldado salió del sótano de una casa, llevando una cabra que había encontrado allí. Seguía un anciano con



EL CAPITÁN Y LOS PIRATAS: Invitó al capitán á ponerse á su lado, y sirvióle de beber

toneles, inflamándose en un instante su contenido. En aquella ocasión, el capitán prestó muy buenos servicios, que los piratas agradecieron, devolviéndole muchos de los objetos que se le habían robado, y dándole, además, una buena recompensa; pero, habiendo solicitado con este motivo que se le permitiera ir á tierra para vender varios objetos, alguien le aconsejó que escapara á los bosques, hasta que los piratas se hiciesen á la vela. Snelgrave no esperó que se lo dijeran dos veces; y cuando pudo dejarse ver sin temor, fletó un barco para Bristol, á donde llegó con sesenta pasajeros en agosto de 1719.

UN PÁRRAFO DE LA CAMPAÑA DE NAPOLEÓN EN EGIPTO

«El gran pueblo de Bintan,—dice Denon,—estaba desierto al acercarse los franceses, pues

dos niños en los brazos, los cuales depositó en tierra, y, arrodillándose después sin proferir una palabra, comenzó á llorar, señalando la cabra y las criaturas, que debían perecer si no se les daba su alimento de leche. Sin atender á sus súplicas, se mató la cabra; y otro soldado, que había encontrado también un niño, por haberle dejado la madre caer cuando huía, colocóle junto á los otros dos. Proponíase una buena acción; pero no reflexionó que las tres criaturas iban á morir.

»Durante toda la expedición, una bandada de milanos y buitres seguía al ejército, apresurándose á buscar su presa apenas dejaba de oírse el estampido del cañón, y siempre permanecían cerca de las tropas al verlas hacer alto, confiando, sin duda, en que les quedaría alguna presa. En la isla de Filoe vimos madres que ahogaban á sus niños cuando no podían llevárselos, mutilando á sus hijas jóvenes para librarlas de la violencia de la soldadesca.

»Uno de los almacenes voló, y las llamas se extendieron en todas direcciones. Los mahometanos no tenían agua; pero se les vió tratar de extinguir el fuego con pies y manos, y hasta revolcarse sobre él con la esperanza de sofocarlo. Negros y desnudos, corrían á través de las llamas, semejantes á demonios. Durante aquella tremenda escena hubo intervalos de tranquilidad, y en ellos oíase alguna voz solitaria, la del jeque, el cual, entregado á la oración, exhortaba á sus compañeros á batirse hasta la muerte. Estos mahometanos le contestaban, en medio de sus tormentos, con himnos y gritos, precipitándose después contra el enemigo. Durante la noche, los franceses tuvieron dos grandes hogueras encendidas junto á las murallas, juzgando que esto era lo mejor para destruirlas; y por la mañana penetraron en el pueblo, y se pasó á cuchillo á todos aquellos que, á pesar de hallarse medio tostados por el fuego, oponían aún la más tenaz resistencia.»

EL «CETRO»

A principios de la primavera de 1799, un considerable convoy de transportes y barcos mercantes salió del Cabo de Buena Esperanza con tropas y provisiones para el sitio de Serin-gapatam. El *Cetro*, de sesenta y cuatro cañones, al mando del capitán Edwards, debía escoltar, conduciendo á bordo á sir David Baird y todo el regimiento 84. Este buque, tal vez el único que el Gobierno tenía entonces en el Cabo, había permanecido largo tiempo en aquella estación, y hallábase tan gastado, que apenas servía para hacerse al mar cuando se le confió aquel importante servicio.

Por fortuna, el mal estado del buque indujo á vigilar de continuo, así á los oficiales como á los tripulantes, y todo fué bien hasta que hubo recorrido unas dos terceras partes del trayecto; pero una noche comenzó á soplar con tanta fuerza un viento huracanado, que el capitán no pudo menos de experimentar cierta inquietud por el esfuerzo que el buque debía hacer. En su consecuencia, mandó inspeccionar las bombas y hacer otros preparativos, temeroso de un contratiempo.

El teniente Jones acababa de ser relevado de su guardia y entregábase al reposo, cuando de repente le sobresaltó el grito de:

—¡El buque se hunde! ¡Todos á las bombas!

Subió presuroso á cubierta y se reunió con el grupo de oficiales navales militares, reunidos en el alcázar de popa.

En todas las fisonomías revelábase la ansiedad, pues, aunque las bombas trabajaban de continuo, relevando los soldados á los marineros, el agua entraba sin cesar.

Pero cuando los esfuerzos humanos fueron inútiles, la mano de la Providencia se extendió para salvarlos. El viento cesó de pronto, y al cabo de muchas horas de rudo trabajo se desalojó el agua, y el buque pudo considerarse

como salvado por el pronto. Si el *Cetro* se hubiera hundido aquella noche, centenares de los más bravos campeones de Inglaterra hubieran hallado su tumba en el fondo del mar, y probablemente los buques enemigos, que seguían al convoy, se habrían apoderado de éste, de lo cual se hubiera resentido el éxito de nuestras armas en la India.

Pocas semanas después de esto, el *Cetro* y su convoy llegaron sanos y salvos á Bombay. Allí se repararon las averías del buque, dejándole en disposición de prestar sus servicios.

Cuando se hizo de nuevo al mar, marchó á la bahía de la Tabla, donde ancló á mediados de octubre.

El 1.º de noviembre el capitán y los oficiales dieron un baile en obsequio á los habitantes de la ciudad del Cabo, y durante la noche el buque presentó un aspecto inusitadamente alegre. A bordo se oía continuamente la música y, en vez de la severa voz de mando del comandante, las sonrisas de las damas y sus suaves acentos.

La noche estaba tranquila y hermosa, y cuando los convidados salieron del buque, poco podían imaginar la dolorosa catástrofe en que debían perecer muchas de aquellas cuyas manos habían estrechado por última vez sin saberlo.

El tiempo continuó tranquilo hasta la noche del 4 de noviembre, durante la cual varios negros nubarrones indicaron la aproximación de una tempestad.

Además del *Cetro*, hallábanse en la bahía el *Júpiter*, de cincuenta cañones, el *Oldenburgh*, danés, de sesenta y cuatro, y otros varios buques. En la mañana del 5 sopló un viento muy fuerte del NO.; pero no se temió peligro alguno; y el *Cetro* se adornó de gallardetes, izó su bandera real, disparando algunos cañonazos en conmemoración de la Conspiración de la pólvora.

No obstante, el viento había aumentado mucho á eso de las dos; y como la bahía de la Tabla no tiene refugio alguno para preservarse de aquél cuando sopla del NO., el capitán adoptó las precauciones necesarias para resguardar el buque; mas apenas había transcurrido media hora, cuando la tempestad estalló con tal violencia que rompió las amarras. Entonces se dejó caer el áncora mayor, alargándose el cable; pero la borrasca adquiría mayor fuerza, y á las seis y media todos los elementos descargaron su furia.

Diéronse al punto órdenes para soltar el áncora con dos de los cañones del alcázar sujetos á ella; mas también esto resultó insuficiente para retener el buque.

Entonces se bajó uno de los botes, á fin de comunicarse con el *Júpiter* y obtener de este buque la extremidad de un cable; pero á los pocos minutos el buque zozobró y perdióse con todos sus tripulantes. Durante algunas horas se dispararon cañonazos en demanda de auxilio; pero no era posible prestársele al buque en tales momentos, pues en aquel mar tempestuo-

so no podía sostenerse bote alguno. Varios de los oficiales que habían ido á tierra la noche anterior, estaban en la playa sin poder auxiliar á sus compañeros, y obligados á permanecer allí como mudos espectadores de aquella espantosa escena, viendo como su buque luchaba para evitar la destrucción.

A eso de las ocho de la noche resonó en los aires, dominando el estrépito de la tempestad y el rumor de las olas, el terrible grito de: —¡Fuego! Y desde la playa vióse elevarse por los aires una espesa columna de humo. Los tres elementos opuestos, el aire, el fuego y el agua, parecían combinarse para aniquilar al desgraciado buque. Durante un momento, todos quedaron como paralizados; pero esto sólo un instante. De nuevo se oyeron las voces de los oficiales y cada cual ocupó su puesto.

El humo salía por las escotillas en columnas tan densas que todos los esfuerzos para bajar á extinguir el fuego fueron inútiles. Todos los tripulantes comprendieron que su última hora había llegado. No quedaba ni un vislumbre de esperanza de salvar la vida, y no se podía hacer más que elegir el género de muerte, por el fuego ó por el agua. Abandonar el buque era perderse sin remisión, pues habían visto ya el bote y sus tripulantes desaparecer bajo las olas cuando la tempestad no era tan fuerte, y el buque estaba ya demasiado lejos de la playa para que ni el más vigoroso nadador pudiese abrigar la esperanza de llegar á ella. Por otra parte, permanecer á bordo era exponerse á una muerte más terrible aún, porque el buque sería una pira funeraria en medio de las olas. Mientras se vacilaba entre la duda y el horror, el peligro más inminente se desvaneció, pues las aguas que barrían de continuo la cubierta del buque extinguieron el fuego. El *Cetro* continuó siendo juguete de las olas hasta eso de las diez, hora en que encalló á la vista de la costa.

El capitán mandó cortar entonces el mástil de mesana y el de trinquete, que poco después cayeron al mar.

En aquel momento, un hombre llamado Connolly, tan querido de los oficiales como de los tripulantes, ofrecióse á saltar al agua, con una cuerda atada al rededor de la cintura, á fin de establecer comunicación entre el buque y la tierra. Accedióse á ello al punto, y el hombre se dejó caer en las olas; mas á las primeras brazadas fué arrastrado por ellas y pereció ahogado.

Aligerado el buque por la caída de los mástiles, se enderezó, y esto hizo concebir esperanzas de que podría acercarse más á la playa para que la gente pudiera prestar auxilio.

El buque, en efecto, se acercó más y más á tierra, tanto, que ya se podían oír y reconocer las voces. A los pocos minutos, la tripulación podría salvarse; pero de repente chocó contra el buque tan fuerte golpe de mar, que la cubierta del sollado cedió, arrastrando á muchos de los que estaban en ella. Los que aún conservaban fuerza suficiente se retiraron al costado de estribor.

No se podía dar escena más horrorosa: los tripulantes estaban tan paralizados por el frío y por el temor, que muchos de ellos no les era posible cogerse á las cuerdas.

En su desesperación, algunos se arrojaron al mar con la esperanza de ganar la orilla; mas tal era la agitación de las aguas al rededor del buque naufrago, que los arrastró mar adentro, y, á pesar de las tentativas que se hicieron para salvarlos, todos perecieron, entre ellos un oficial.

Media hora después, la popa quedó desprendida y fué arrastrada hacia tierra; setenta ú ochenta hombres que en ella estaban concibieron la esperanza de salvarse, y los que estaban en la playa corrieron al sitio donde era de presumir que se les podría auxiliar; pero ¡cuál no sería su horror al ver una tremenda ola que, precipitándose con furia contra la popa, la invirtió y sumergió sin que se salvara un solo hombre!

Sin embargo, los terrores de aquella noche espantosa no habían concluído aún: el resto del buque á que se aferraban algunos oficiales y marineros avanzó hacia tierra; mas el viento comenzó á soplar con redoblada fuerza, y alejóle de nuevo, y, al fin, lo partió en dos sitios, hasta que todo desapareció bajo las olas á la vista de los aterrados espectadores.

Dominando sobre el rumor del viento y del mar, oyéronse los lamentos de centenares de seres humanos que perecían en las aguas, y cuyos mutilados cuerpos con los restos del naufragio fueron arrojados á la playa á la mañana siguiente.

Treinta ó cuarenta hombres estaban cogidos aún á la proa, sufriendo el continuo embate de las olas, y esperaban que el cañón de señales que aún se conservaba podría impedir con su peso la sumersión; pero las maderas, incapaces de resistir la furia de la tempestad, se partieron de pronto; el cañón se desprendió, y aquellos infelices sufrieron la misma suerte de sus compañeros. Díjose que durante todo aquel tiempo, mientras estuvieron amenazados de una muerte instantánea, muchos de aquellos hombres permanecieron inmóviles, como poseídos de estupor, aferrados á las cadenas.

Entre los incidentes de aquel terrible naufragio, refiérese que Mr. Buddle, guardia marina (uno de los pocos que se salvaron), fué arrojado sobre las olas casi insensible; no tuvo fuerza para bracear en dirección á la playa, y, por lo tanto, limitóse á mantenerse sobre el agua. Esto fué lo que le salvó la vida, pues flotó en dirección paralela á la orilla, evitando así los grandes restos del buque naufrago, contra los cuales todos sus compañeros, excepto tres, se hicieron pedazos por haber querido llegar á tierra directamente.

(Se concluirá)

*** PENSAMIENTOS ***

—Las acciones son mucho más sinceras que las palabras.



EL CAPITÁN Y LOS PIRATAS: Con terror indescriptible vió producirse las llamas en los toneles. ..

—Enseñar es aprender dos veces.	representar todos los papeles, hasta el del des-
—El interés es un hábil comediante que sabe	
	prendimiento.

ADMINISTRACIÓN: RAMÓN MOLINAS, EDITOR: PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA.—NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: Plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA